Pleito sobre un matrimonio

(Que defendió muy mal Felipe II y ganó muy bien el Duque de Alba)

Diego San José

CAPÍTULO PRIMERO

QUE SIRVE COMO PREÁMBULO Y PRESENTACIÓN DE LOS DOS PRINCIPALES PERSONAJES QUE INTERVIENEN EN ESTA NARRACIÓN

Anchurosa, que remedaba la sacristía de alguna famosa catedral, era la estancia y todo el empaque severo que acontece mirarse en tales sagrados aposentos se reflejaba en el mobiliario y adorno.

Allá en el fondo, un enorme velón de Lucena reverberaba la luz de sus cuatro mecheros, sobre la monda calva de un hidalgo, el cual muy ensimismado estaba en la consulta de unos planos que según parecía eran de fortificaciones.

Acudía de vez en vez a unas notas manuscritas que tenía en unas perfumadas hojas, como para pedir consejo a su experiencia de lo que en los mapas veía.

A sus pies, un viejo lebrel le daba calor y le hacía ofrenda de fidelidad.

Fuera, la lluvia y el viento (que la noche era una muy cruda del mes de noviembre) azotaban sin piedad las vidrieras, que no se diría sino que iban a perecer a los impulsos de tan cruel saña.

De una lejana torre trajo el eco el acorde de nueve sonoras campanadas.

Al caer el sonido dentro de la severa estancia, no parecía sino que las horas iban a cobijarse al calor del estudio.

La tenue luz del velón, muy clara en la parte que alumbraba, buscaba la silueta de los muebles más próximos y en fantasmales proporciones extendía las sombras por la habitación.

Un punto de luz iba a fijarse sobre el peto bruñido de una armadura que el hombre tenía a su diestra, y el reflejo que sacaba de ella era el único punto brillante que había en todo el austero aposento, a no ser por esta férrea indumentaria, y por una panoplia, llena de alfanjes y gumías tunecinas, más pudiera tenerse el aposento por la celda de un grave

religioso, que por el cuarto de un glorioso caudillo.

De vez en cuando, bajo la mesa sonaba el herraje de un razonable brasero de bronce, que puesto sobre soberbia tarima de nogal aliviaba las destemplanzas del huésped.

Aquel cuerpo rudo y fuerte que había resistido las intensas heladas del Mossa y los desbastadores huracanes de Italia ya no podía sufrir el aliento de Guadarrama, ni el vaho de agua de nuestro río.

No se advertía otro ruido que el grato crujir de los papeles entre las huesudas manos del prócer.

Se oyó como abrir una puerta. Alzó el hidalgo la cabeza, y los resplandores del velón acusaron las duras facciones del Duque de Alba.

El señor don Fernando Álvarez de Toledo, como quien dice el brazo diestro del señor Rey don Felipe de Austria, era hombre como de sesenta a sesenta y dos años, mostraba muy recia complexión, y la rudeza de su rostro encuadraba muy bien con la severidad del aposento; parecía que habrían de querellarse harto muebles y tapices si no tuviesen por alma suya figura tan avellanada y recia.

Se desperezó bostezando estrepitosamente el lebrel que dormitaba, a los pies del caudillo, y este esparció el penetrante fulgor de sus ojos escrutadores por los ámbitos del aposento.

Sobre la alfombra de la contigua estancia se sintió la pesadumbre de unos callados pasos, y seguidamente se descorrió sin ruido alguno el magnífico tapiz que cerraba el estudio de Su Excelencia, y apareció un apuesto y galano mozo, en cuyas angulosas facciones, encuadradas por pulcra y sedosa barba negra, se acusaban las enérgicas líneas de los Álvarez de Toledo.

—Dios le guarde, padre y señor —dijo respetuosamente, y fue a besar la diestra que el Duque le tendía.

—Ya era hora de que esta noche os dejaseis ver, y cierto que hacía mucho que os esperaba.

—¿Tan urgente, pues, era mi presencia? —preguntó.

—Y mucho, pues hay mucho que tratar, y ciertamente que nada agradable, y en verdad que me pesa, tanto por lo mucho que os quiero como hijo, como por quien nos ordena esta entrevista.

—Hablad, padre, que ya me tenéis con el alma en un hilo, como dicen —replicó el mancebo, y se sentó frontero al sitial del Duque, teniendo ambos la mesa de por medio.

Apartó Su Excelencia a un lado las cartas geográficas en las que sin duda buscaba nuevos estados que regalar a su amo y señor, y se dispuso con mucha parsimonia a entablar plática con su primogénito.

Se diría que el brillo de los ojos y las angulosidades del rostro se acentuaban como esas arbitrarias y maravillosas imágenes que ideara la calenturienta imaginación de Dominicus Teochocopulis.

Le miraba el primogénito atentamente, y recelaba que algo de muy grande transcendencia debía de ser cuando tanta premura ponía su padre y señor en aquella entrevista, que ni aun lugar le dejaba para entrar en su aposento.

Un criado llamó en aquel instante preciso en la puerta, y, dada la venia para que entrara, dijo que en la antecámara esperaba un correo de Alba.

Puestos en repujada bandeja entregó el fámulo los pliegos.

Los abrió el duque, saltando los sellos con un estilete de oro, y así como pasó la vista por ellos, los dejó junto a los otros papeles, y dijo a don Fadrique, por comentario:

—Este capellán y estos colonos van a acabar con mis días; que el año es malo, que se han perdido las viñas... Todo es lamentaciones.

Y luego le mandó al criado que esperase el correo, que de allí a un rato daría respuesta...

CAPÍTULO II

EN EL QUE SE SABE EL GRAVE NEGOCIO QUE TRATARON DON FADRIQUE DE TOLEDO Y SU PRIMOGÉNITO

—Este lance de los locos amores en el que os habéis complicado con doña Magdalena de Guzmán —habla el duque—, dando de lado la respuesta del correo, más pesares tiene que traernos de lo que imaginamos, porque es cosa en la que ha tomado cartas S. M., y no sabéis vos, hijo, que don Felipe lleva tan a punto las buenas costumbres caseras, como la administración de justicia y la moralidad política del Estado. Con ello habéis venido a destruir todos los planes que yo tenía forjados respecto a vos, y que tanto convenían a nuestra casa, matrimoniándoos con vuestra prima doña María.

—Padre —replicaba el mozo—, ciertamente que en este mal paso no me cabe otra disculpa que los pocos años míos y la notable lindeza de doña Magdalena, que aun puede ser que, sabiendo que debía de atraer vuestro enojo y la ira del Rey, ni tanto respeto, ni tanta autoridad fueran bastantes para contenerme; además, padre y señor, que cuando el malaventurado martelo comenzara, nada sabía yo respecto a los proyectos que tuvierais con mi prima, ni ella era mujer a quien yo me hubiera detenido a mirar sino como hermana. Pero ya en mí el tiempo y el hastío han hecho lo que yo nunca pensé que pudiera

llegar con doña Magdalena, que es el serme enojosa, y ved aquí, por tanto, que soy yo quien os pide que me ayudéis a sortear los escollos para librar la férrea voluntad de don Felipe.

—Esta mañana hallé en el Alcázar a Frey Diego de Chaves —continuó el de Alba—, quien me puso en antecedentes de lo que en la cámara real se dice. Doña Magdalena, quejosa de vuestro desvío, se querelló al Rey, el cual está dispuesto a hacer justicia a la tal dama. De un momento a otro espero ser llamado por S. M., quien seguramente para castigar vuestra falta, si no la reparáis con el sacramento del matrimonio, no tendrá en cuenta los servicios que mi brazo le ha prestado a su corona.

—En consecuencia, padre, queréis pedirme —arguyó don Fadrique— que admita como esposa a doña Magdalena; permitid, pues, que os responda que en la casa de los Toledo no es costumbre llevar mancebas al tálamo nupcial…

—¡Mozo! —exclamó el viejo caudillo, dando una fuerte puñada sobre la mesa—, curad que hablo yo, y solo yo dispongo, que en mi casa no ha de haber más voluntad ni más opinión que la mía, y si la tal fuera de que tomarais a doña Magdalena como a legítima mujer vuestra, aunque en no tomarla os fuese la vida, la habríais de tomar porque tal era mi gusto. Pero en esta ocasión, es empeño y conveniencia de la casa de Alba que no sea así. Vos os habéis de casar con vuestra prima doña María, y no con otra alguna, y esto yo haré entender al Rey si fuese llamado.

—En todo sabéis, padre y señor, que me tenéis siempre fiel a vuestro mandato, y mucho me complace que en este asunto os parezca bien mi decisión.

—No es que me parezca, bien —atajó prestamente el duque— el que os dediquéis a embaucar mujeres y las hagáis perder la honra, que esta es simiente poco caballeresca, y menos cuando cae en tan nobles y honradas tierras como la de Guzmán; pero es el lance que este matrimonio que quiere ajustar el Soberano no conviene a nuestra casa, y es menester poner todos los medios posibles para que no se lleve a cabo.

—Sabéis que en esto no soy más de vuestra voluntad, y aun os tengo que estar agradecido.

—No debéis hacer más que obedecerme en todo, y yo os fío, que, aunque otra cosa quiera el Rey, a pesar de ser quien es, tendremos que salimos con nuestra voluntad.

—Además, que no sé yo que pueda ser tan grande el interés del Monarca por doña Magdalena, que mire por ella como por una hija. No es ya muchacha, y sabe muy bien el alcance que puedan tener sus actos.

—Yo tomaré también consejo de Frey Diego de Chaves, y ya veremos si por este camino se llega hasta torcer el pensamiento de Su Majestad.

—Dios lo haga; pues, si da en tomarlo con su peculiar testarudez, muy bien puede darnos que sentir. ¿Tenéis ahora algo más que mandarme? —dijo el mancebo, alzándose de su asiento.

—Nada más, sino que todo lo dejéis a mi cargo. Ahora, andad con Dios.

Se retiró don Fadrique de la estancia de su padre, si tranquilo por ver que aprobaba su resolución el autor de sus días, desasosegado por ver que en el asunto se entrometía el Rey, y como ya sabía qué puntos calzaba en punto a tesón y disciplina, no era extraño que el doncel tuviera muy en vilo el alma.

Miles de historias se le venían a la mente que hablaban de quién era Felipe II cuando tenía empeño en lograr una cosa, así fuese de la mayor alteza como la peor avilantez, que junto a su gran talento de político tenía un corazón de hombre egoísta y vengativo.

Recordaba el suceso con la divina tuerta.

La cobarde alevosía con Escobedo, el amonado secretario del señor don Juan de Austria y, de entre todos los hechos o fantasías, le acudía a la memoria uno que corría muy de boca en boca, pero que para mí participa más del orden legendario que del histórico.

Y he de traerle a cuento, tanto porque se me antoja curioso, como por hacer un paréntesis en la árida narración, y dejar un resquicio a la parte recreativa y un tanto novelesca.

Con tu licencia, lector, vaya el suceso que más hacía temer a don Fadrique la tutela de Felipe II en aquella jornada de amor.

CAPÍTULO APARTE QUE ANDABA POR LA RECELOSA IMAGINACIÓN DE DON FADRIQUE DE TOLEDO, Y ES MUY POCO HONROSO PARA UN MONARCA

Francisquillo el Mellado anduvo, en la flor de su vida, con la pelleja constantemente en riesgo por el aquel de la monarquía de España, en tierras extranjeras.

De las famosas campañas que el devoto don Felipe siguiera para mantener la fe, fue testigo.

El limpio sol de Italia, allá en los floridos campos de Milán, le fue gran curandero de dos boquetes, tamaños como dos escudos, que le abrieron en los muslos los plomos de un arcabuz; las plácidas campiñas de Flandes, allá en Brujas, le dieron mucha nostalgia de su tierra montañesa, otra vez que se tuteó con la muerte por obra y desgracia de unas malignas calenturas que hacían más estragos en la milicia española que las balas y los aceros.

En el saco de Amberes (y valía por testigo el mismo duque de Alba, que fue general

suyo y le tuvo cerca), se portó con tanta entereza que le dio por su mano el empleo de sargento y aun pasó noticia al Rey de lo que había hecho para que él le tuviese en cuenta.

Cuando estuvo allá el Rey le conoció y fino por traerle en su escolta, y darle licencia para que se retirase a descansar.

Trajo muy pingües ahorrillos, y así como dio en la Corte pensó en recogerse a la vida tranquila, y sosegada, y para ello no halló mejor medio que la de tomar en arrendamiento un mesón que había a la entrada de la villa, cercano a la puerta, de Balnadú.

Eran más de las nueve de una fría y lluviosa noche del mes de los muertos. Poco hacía que en el reloj del Alcázar sonaran los nueve graves acordes que mandan a los pacíficos vecinos de la villa recogerse a la paz de las sábanas, y a ello se disponían el *Mellado* y un muchacho que le servía, cuando recios aldabonazos percutieron en el postigo.

—Ve, mozo, y mira quién es —mandó el maeso.

Lo hizo el chico y tornó luego con una mozuela de su misma edad, año más año menos.

Era morena de color y parecía blanca de pensamientos. A trozos iba vestida y a trozos desnuda.

—¿Quién eres, y qué quienes tan a deshora? — le preguntó afable el *Mellado.*

—Señor —respondió muy acongojada la muchacha—, no quiero más que seáis servido de ampararme de la más negra tiranía de la que habéis tenido jamás noticia. Oíd.

—Puesto que va de historia —dijo el viejo soldado—, acercaos a esta lumbre, que ella os confortará.

Se acercó, como le decían, la pucela, y así que desapareció el muchacho a una señal del amo, comenzó la niña su historia:

—Yo, señor, viví hasta hará cosa de veintidós días en la más tranquila paz y muy lejos de este sitio. Mi padre era guarda de aquel monte que desde aquí se ve. Apenas si yo salía de aquel recinto para entrar en la Corte, solo este Corpus me trajo a ella.

Hará cosa de un mes, paseándome por aquellas frondosidades, topé de manos a boca con cierta noble persona, quien gustó de mí por todo extremo. Me preguntó quién yo era, se lo dije, y luego, sin reparar mucho en que mi juventud es aún casi niñez, me dijo mil cosas que eran requiebros de amor y me habló yo no sé qué de ser a muy poca costa tanto como la Reina.

Le hui toda despavorida y amedrantada, y, según corría, me llegó su voz diciéndome que mirase que con huir me iba hacia él más deprisa...

Ay, señor, que ya nunca más desde aquella noche torné a ver al padre mío. Se

celebraba una cacería a la mañana siguiente, y una bala, que no se sabe de qué arcabuz saliera, me le mató...

Desde entonces, aquel hombre iba cada tarde a recordarme la orfandad en que había quedado.

A1 fin, un día se cansó de no escuchar más que recriminaciones de mis labios, y me advirtió que allí quedaba presa.

—Y ¿cómo escapasteis, desdichada? —preguntó el *Mellado.*

—Consintiendo al traidor carcelero que me encomendara ser posible para él lo que negaba a su amo —respondió la malaventurada—; le dije que me abriese la puerta y me esperase en tal sitio. Fue necio y confiado, y se tragó el anzuelo, con lo que logré escapar, y aquí me tiene su merced pidiéndole que me ampare.

—Mal enemigo tenéis —exclamó el huésped—; pero así y todo...

No finó la frase el *Mellado,* que dos recios aldabonazos hicieron retumbar toda la casa.

Él mismo acudió a mirar quién era, y se topó con un encubierto y dos embozados.

—¿Es este —preguntó el de la máscara— el mesón del *Mellado*?

—Este es —respondió.

Le mandaron entrar, y una vez dentro siguió preguntando el del antifaz:

—¿Se ha escondido aquí alguna mujer? En responder o no lo cierto os va la vida.

—No —respondió enteramente Francisquillo.

—Diego Pérez —dijo el preguntador dirigiéndose a uno de los dos embozados—, saca la verdad del pozo de este hombre.

Se destacó el llamado descubriendo unas tabletas y un rollo de cordeles; en aquel instante preciso apareció la moza en la estancia.

—Soltad —dijo— a un inocente, que aquí estoy yo; pero nadie llegará a poner sobre mí su mano. —Mientras esto decía, iba retrocediendo hacia una ventana abierta, y cuando llegó a ella añadió—: Si salgo con vida de aquí, mañana sabrá la villa toda quién es el rufián que así persigue doncellas y escarnece ancianos.

Y, dando un salto increíble, se arrojó al espacio.

Un supremo alarido de dolor se sobrepuso a los bufidos del levantisco Guadarrama.

El de la máscara mandó:

—Gracián, sube a esa loca.

Salió el esbirro y tornó en seguida diciendo:

—Señor, se deshizo el cráneo contra los guijos.

Sin hacer comentario alguno replicó el incógnito, señalando al *Mellado.*

—A este hombre llevaréis, esta misma noche, al castillo de Torrejón de Velasco: prepárenle el ánimo, y antes de que brille el día muera secretamente en la misma celda que cierta noche muriera don Martín de Acuña. Mañana, no quede piedra sobre piedra de este mesón, y que se eche un bando ofreciendo mil escudos a quien encuentre a los malhechores. En cuanto a vosotros, ya sabéis cómo acostumbro a pagar el ser aguzados de memoria…

Esta es la historia que más fijamente se le presentaba al marqués de Coria, y, aunque no la tenía por muy cierta, le hacía pensar que es peligroso el contravenir los gustos y caprichos de los tiranos.

Muy poco tiene que ver con la urdimbre del suceso que aquí se refiere; así es, lector amigo, que, si en cualquier punto no fuera muy de tu agrado, déjala, que para nada trunca ni da interés a la historia cierta con que pienso que vas entretenido…

CAPÍTULO III

EN EL QUE SE HACE BREVE HISTORIA DE AQUELLOS AMORES QUE TANTO EMPEÑO TENÍA EN LEGITIMAR EL REY DE ESPAÑA

No eran aquellas damas de la reina doña Ana, como cohorte de grandeza y respeto solamente, que cualquiera que no tuviera por costumbre desgastar alfombras de regias antecámaras creyera muy bien que fueren espléndida servidumbre del Rey Amor.

Si ranciedad había en la mayoría de ellas, seguramente que debía encontrarse entre las ejecutorias de sus nobles casas, y en las magníficas y tradicionales indumentarias

legadas por sus abuelas con que solían acudir a las piadosas ceremonias de Semana Santa, que no en sus rostros ni en sus garbos.

La austeridad de Felipe II no llegaba a tanto como para ordenar que su femenina servidumbre alejara del ánimo de los cortesanos los deseos de vivir, ni les desarraigara del espíritu la deleitosa y nociva simiente de algún pecadillo capital.

¡Cuántos graves y encumbrados caballeros debieron alegrarse mucho y disfrutar amablemente de la vida, merced a que en este punto flaqueara un tanto la rigidez del monarca, y aun alguno de ellos, después de haber gustado la miel, cuánto debió de dolerse de que el dulzor le pasara de los labios y les empalagara el admirable confite!

Era acaso de entre todas doña Magdalena de Guzmán quien más agradecida tenía que estar a Natura por la esplendidez de su estampa, que más devotos le traía en su alrededor que milagrosa reliquia de estas, que con solo mirarlas y rezarlas un padrenuestro suelen procurar aquello que pide el alma atribulada.

Notable afecto le tenía la señora Reina, y muchas veces, sola con ella pasaba la mayor parte de la tarde, distrayéndose con su conversación, que era muy grata y amena y aun tirando a un tanto erudita, que de todo se le alcanzaba un poco muy discretamente.

Dicen que una tarde hubo en Palacio no sé qué fiesta para festejar el arribo de una Embajada extraordinaria que enviaba al católico Felipe el lejano reino de Persia, y toda la grandeza de la Corte se desparramó, muy a su sabor, por los salones del Alcázar y los bellos pensiles que le circundan, y parece que Amor, que en estas fiestas de la gentileza y la hermosura se pone de gala, anduvo por allá haciendo muy buenos y traviesos conciertos.

Y fue uno de los tales el de doña Magdalena de Guzmán y don Fadrique de Toledo, marqués de Coria y mayorazgo de la ilustre y por entonces floreciente casa de Alba.

La espléndida belleza de doña Magdalena tan por entero supo cautivar al marqués, que pronto dejó los galantes extremos y cuidados de cierta, damita en flor, de quien todos creían cortejo, por acudir a la otra.

Y cuentan las crónicas y las historias, sin que ni unas ni otras den razón de cómo se escribiera la primera página de estos amores, que tampoco a doña Magdalena le pareció mal el galán, y le admitió con tantas veras, que de allí a poco no tuviera la Iglesia que hacer otra cosa, que darles públicamente cédula de matrimonio, que lo demás que viene luego con su santo permiso ya ellos lo habían llevado a cabo solapadamente, pero a lo que parece con muy extremoso contentamiento...

Mas como Amor no tiene nada de apocado y juicioso, que es muchacho alborotador y a veces de no muy buena índole, que todo lo publica, no tardaron las gentes de Palacio en saber que doña María y don Fadrique andaban enamorados, aunque nadie pensaba que fuera más que esto.

Doña Ana llamó un día a la Guzmán, y le dijo con mucho agasajo y alegrándose porque bien la quería:

—Venid acá, hija, que os dé mi enhorabuena, que ya sé lo discretamente que padre de la Humanidad os lleva de la mano.

—Señora —dijo doña Magdalena como si quisiera negar débilmente o disculpar su idilio, a que hubo de replicar la soberana.

—Si estoy muy bien enterada. ¿A qué viene el quererlo negar; o es acaso que ello sea contra vuestro gusto?

—Eso no, señora, tornó a responder la bella dama: que yo quiero al marqués un punto más de lo que él me quiera, sino que se me antojó que había de parecer no nada bien a Vuestra Majestad el haberse enterado de ello por boca que no ha sido la mía.

—Ello ¿por qué? Estas cosas siempre acontecen saberse por referencias ajenas.

—Así es la verdad.

—Se comentan, se charlan, se compulsan las ventajas y las contras, no ya por alegrarse de aquellas y dolerse de estas, sino por el humano afán de la murmuración, y a la postre hasta nosotros llegan.

—No piense Vuestra Majestad que yo hubiese podido estar mucho tiempo sin decírselo, que para mí no hay ni puede haber suceso notable en mi vida si no le pongo al parecer de la Señora.

—Mucho os agradezco esta deferencia, doña Magdalena, que más os tengo cariño de hermana que afecto de servidora. Y como os quiero bien, un recelo se me acude a la mente, que siempre somos desconfiadas las mujeres.

—Y ¿es ese recelo?

—Que el amor os ciegue, y no sea el marqués tan digno de vos como vos os merecéis.

Al escuchar esta duda se nubló en celosos temores el bellísimo rostro de la enamorada, y aderezándose en un gesto de angustia preguntó, más con el alma que con palabras:

—Pues, ¿cómo? ¿Sabe algo Vuestra Majestad? Por la pureza de Nuestra Señora, que me diga si alguna cosa sabe, que no me esté bien para creer en don Fadrique.

—No, mujer —replicó riendo bondadosamente la soberana—, nada sé que pueda redundar en menosprecio de vuestro amado, ello no ha sido más que escrúpulo de mi cariño, que todo se le hace poco para vos. Por lo demás…

—¿Os parece bien el galán? Sin escrúpulo dígamelo Vuestra Majestad.

—No solo me parece bien, sino que creo que, aparte de la noble inclinación que desde luego doy por seguro que ha traído este querer, es partido que os conviene, y mucho, el del marqués de Coria, y veréis cómo, cuando el Rey lo sepa, ha de alegrarse también de

ello.

Y, por un largo espacio, continuaron charlando la Reina y la dama, y fue toda la charla, en la parte que a doña Magdalena correspondía, un ampuloso encomio y laudatoria glosa de las cualidades de su amor, que ya, como se ha dicho más arriba, había llegado a las graves y fastidiosas complicaciones del martelo.

Escuchaba doña Ana con mucha complacencia, como si fuera una bondadosa madre que con los felices proyectos de su hija se encantara, y de vez en vez detenía un punto la encomiástica oración de la Guzmán, para ponerle al margen un buen consejo, que siempre era acertado, y como sapientísimo comentario de la ciencia moral y cristiana que trae en sí aparejada el séptimo Sacramento; aunque tengo para mí que era como simiente que caía fuera del surco...

Como doña Magdalena había pasado ya (cuando llegó al amor del primogénito de la casa de Albal) la primavera de la vida y muy espléndidamente iba entrando por los serenos jardines del otoño, tomó el amor con el marqués con toda ansia, así como acontece la tierra fuerte y cálida cuando después de mucho espacio de espera llegan a besarla las primeras lluvias, y no otra idea tenía en su pensamiento que el matrimonio, ni otra ansia en su corazón que el señor don Fadrique de Toledo, que andando el tiempo había de heredar el nombre, la fortuna y las glorias de su ilustre padre.

CAPÍTULO IV

EN EL QUE SE VE CÓMO, DESPUÉS DE GANADA UNA PLAZA, PIERDE EL SITIADOR EL INTERÉS QUE EN ELLA TENÍA PUESTO

Mal se compaginaban las ansias amorosas de la hermosa doña Magdalena con las miras y cortesías que en ella empleara el primogénito del mejor general de las huestes de Felipe II.

Ella, como ya había dicho a la Reina doña Ana, dejándose querer y no siendo nada esquiva ni zahareña a las asiduidades de su galán, le había tomado tan dentro de su corazón, que para sacarle de él sería menester arrancarle, que entendía que no más que para latir por su Excelencia tenía vida aquella entraña.

Muchos días pasaba doña Magdalena de Guzmán esperando la vuelta de su amor, que estaba en las montañas de Toledo divirtiéndose en una cacería, y en todo el tiempo que llevaba en ella, (y ya iba para mucho) no dejaba de tenerle presente como si fuera la luz de sus ojos.

Mas nunca en todo este dicho espacio, y aunque sabía que a diario de aquella parte venían correos a la Corte, hubo alguno que fuera portador de epístola para ella, y con ello

el amor crecía como espuma de jabón, que la ausencia es para el hijo de Venus y Marte como agua que esponja la lejía.

Miles de figuraciones extrañas, aunque ninguna de ellas tenía semejanzas de olvido, se le venían a la mente y al corazón cada vez que miraba caer la tarde sin recibir ni la presencia, ni la memoria escrita de su mancebo,

Y dicen que un anochecer, pasando ante ella y detrás de su amo como un fidelísimo lebrel aquel endiablado bufoncejo que alegraba un poco las austeridades del hijo del César, exclamó, mirando a la nublada y pálida faz de doña Magdalena.

—¡Válgame Dios, y qué nubes entristecen este buen otoño; de seguir tan seriamente no ha de tardar el invierno en venir duro y frío, que no habrá quien le mire cara a cara!

Nada respondió la dama, que era muy comedida, y aun puede que no lo escuchara, pues como digo, no parecía vivir en otro mundo que en el de sus angustiosos y amorosos pensamientos.

Era finales de noviembre, y ya el invierno había entrado con tal empuje y hosca autoridad, que no sino los acabamientos de enero parecían.

La sierra vecina, que desde los ventanales del Alcázar que dan al Campo del Moro se veía, estaba bellamente coronada por la nieve, haciendo con su inmaculado reflejo pálido el celaje, blanca la tierra.

La intensa mancha verde que ya por aquellos contornos tiene ramalazos de la árida Castilla, era fortísimo imán de sus melancolías.

Se diría que eran ellas el espejo de su ánima acongojada; en el terruño se le reflejaban los suspiros, en el vergel, las esperanzas, y en las aguas del río los ojos empañados.

Subiendo la empinada cuesta de la Vega, venía un pastor con sus rebaños y sus perros, junto a él un lego mendicante departía amigablemente y le ayudaba a gobernar el ganado.

En ellos tuvo doña Magdalena puestos los ojos muy grande espacio, hasta que coronaron el repecho y entraron en la villa.

No acertaba a explicarse por qué aquel sencillo cuadro le traía un poco de consuelo a su ánima.

Sin duda, la paz y sosiego que le componían.

Aquellos hombres, pensaba ella que no debían de tener más anhelos ni más pasiones que lo que llevaban delante de los ojos: el pastor, sus ovejas y sus yerros, y el lego, el asnillo que le precedía cargado con las alforjas.

Allí debía acabarse el mundo para ellos; ni egoísmos ni ilusiones...

Qué dicha poder vivir en esta tranquilidad. No hay pena como el amor...

La tarde caía melancólicamente; la luz faltaba en la villa; la poca que aún quedaba agonizaba en los picos de la Sierra...

Luego, su pensar mudó de orden, discurría que era aquel el más apropiado fondo para las fantásticas y milagrosas apariciones que de ordinario leía en los devotos libros, que hablan de los milagros que Dios envía para probar a los mortales la grandeza de su poder.

Y estando como estaba, echando tan blandamente a volar la imaginación y esparciendo la vista por la inmaculada crestería de Guadarrama, he aquí que un momento que la descendió hasta el jardín dio un grito, que lo mismo pudo arrancárselo la sorpresa que el despecho.

Por una de las sendas que pasaban ante el ventanal, vio cruzar a su prometido, departiendo muy sosegadamente con dos o tres caballeros del cuarto del Rey.

No esperaba ella, como buena enamorada, que fuese Capaz su don Fadrique de semejante desaire, que ya veía que lo era, y estaba en ello el comienzo del fin de su idilio.

Las trazas del galán no eran ni mucho menos, de haber llegado con urgente comisión y estar tratando de ella, que muy puesto iba de ropa de Corte, limpia y pulida, y la conversación, a juzgar por los ademanes y lo placentero de los rostros, no era algún grave secreto de Estado.

Llorando de coraje se apartó la dama del potro de su tortura y fue a recogerse a su aposento, donde al caudal de las lágrimas echó la flor de su pena...

CAPÍTULO V

QUE ES CONTINUACIÓN Y CONSECUENCIA DEL ANTERIOR

La honrilla femenil y amorosa de doña Magdalena la mandaba, al recluirla dolida y humillada en su aposento, después del mal trance de la ventana, que con iguales armas del desprecio se castigase la cínica descortesía de su galán; pero la otra honra mayor, que era la del nombre y había dejado entre los brazos del primogénito de la casa de Alba, le azuzaba que no al pesar recomendase el duelo y agravio, sino que se aprestara por sí

misma a procurar la precisa solución.

A un precioso bufetillo se acercó y, tomando un pliego de perfumada vitela, a él comunicó, como secretario de su pesadumbre, tales razones para el señor don Fadrique:

«Si lo que parece que os falta de enamorado, acaso porque ya conseguisteis, no os falta de caballero, espero de vos que vengáis a verme, esta noche antes de las diez. Al pie de la escalera de damas encontraréis a mi doncella Margarita, que os guiará hasta el aposento, porque no quiero que de noche entréis en él por donde salíais, sino por otra parte que no conocéis. —*Magdalena.*»

Y el paje correo dicen que aun halló a Su Excelencia en Palacio, antes de llegar a las *Losas,* que ya, por lo que parece, había tomado la derrota de su casa sin acordarse más que de las nubes de antaño, de doña Magdalena.

Tomó el papel, y después de leído dijo, por respuesta, que estaba bien; que acaso acudiese si otra ocupación perentoria no se atravesaba de por medio.

Con lo frío de la respuesta, le entraron a doña Magdalena tales angustias, que comenzó a llorar con visos de muchas veras la muerte de su amor.

Todas las horas que dio el reloj del Alcázar hasta las diez eran recibidas y contadas por la humillada amante con las mismas ansias y anhelos que si fuese la dicha hora de la cita la que había de romper su éxodo en la tierra.

Media hora antes, ya había enviado a Margarita que bajase al comienzo de la escalera de damas.

Se envolvió esta en un grueso y amplio manto, porque la noche era fría y de muy recio viento, y allá se fue.

Desierto en aquellas horas estaba el recinto, que en el largo espacio que estuvo de espera la doncella no vio cruzar ante sí más que a un enano del Príncipe, llevando de la cadena un enorme perro que muy bien le podría haber servido de cabalgadura al minúsculo hombre de placer.

Sonaron los cuartos para las diez; de un zaguanete de guardias tudescas, la tropa veterana y aguerrida que acompañara al César en sus correrías por tierra italiana y flamenca cruzó por medio del patio y despareció en la otra escalera que a los reales aposentos conducía.

Unos roncos ladridos turbaron la augusta quietud de la noche.

Un silbido y una voz que nombraba al can alborotador se oyeron en seguida, y, luego, el jadeante respirar de un mastín y el rastrear recio de sus patas sobre las losas.

En el primer rellano de la escalera apareció la simiesca figura del bufón del Rey, trayendo sujeto por gruesa cadena un hermoso perro de Terranova.

La linternilla sorda con que se alumbraba la enfocó de lleno en el rostro de la azafata.

—¿Quién va allá? —preguntó; mas, habiéndola reconocido, continuó diciendo, mientras a torpes zancadas bajaba el postrero tramo:

—¡Cuerpo de mi padre!, si es la Guzmanilla, que anda de gatuperio. Y qué, ¿es paje, lacayo, cochero o pinche de cocina? Yo, por mí, no he de decirlo; puedes fiarte de mí como del confesor. Oye, si no me das un beso se lo contaré a tu ama. Ella será la única persona que no deje de saberlo, si me niegas esta prueba de estimación.

Se fue a acercar el osado para dar o recibir lo que tan descaradamente pretendía, pero a este tiempo se retiró limpiamente la moza, y quiso la desdichada suerte del hombrecillo que en el mismo momento diera el perrazo un fortísimo pechugón y arrastró tras sí a la sabandija de los dos únicos escalones que le quedaban por bajar, estrellando la linterna contra las losas.

Fue terrible el porrazo; se levantó como pudo y despareció rezongando sin hablar más palabra...

Las diez sonaron, graves y lentas.

Otro buen espacio pasó, hasta que Margarita logra ver al dulce enemigo de su señora.

Muy envuelto venía en dos luengos embozos de una capa blanca.

—Ya pensé, señor, que no venía —le dijo la muchacha.

—Y aun fue mucho que me determinara —le respondió don Fadrique—, que con esta perra noche no sé cómo hay cristiano que después de las ánimas se determine a estar fuera de su casa.

—Pues mi ama pensaba que no se haría rogar vuecelencia.

—¿Y qué quiere vuestra ama?

—Eso ella lo dirá a Vuecelencia, que no pienso que estos asuntos sean para confiárselos a la servidumbre.

Y, cruzando corredores, no tardaron en dar en el aposento de doña Magdalena...

CAPÍTULO VI

DONDE AMOR Y HASTÍO SOSTIENEN UN DESESPERADO LANCE, Y PIERDE AMOR

Tranquillo estaba el despectivo galán, que no parecía que se disponía a sostener una escena desagradable de celos y reproches, sino más bien como si fuese a conferenciar con persona a quien ni aun el más ligero afecto le ligara. Y es a lo que se alcanza que, como ya los ánimos tenía muy bien preparados y convencidos para dar al traste con aquellos amores, no se le daba maldita de Dios la cosa del paso de comedia trágica que de allí a breves instantes se iba a representar en aquel aposento.

Apareció doña Magdalena, y el paso de amor y hastío que se siguió fue de esta manera:

La dama encarna el papel de *Amor.*

El galán, el de *Hastío.*

AMOR

Bien venido seáis a este aposento, de donde ya, por lo que parece, perdisteis la memoria.

¡Tanto como hicisteis por venir a él!

HASTÍO

No es que memoria ni gusto perdiera para tal, sino que los hombres, ya sabéis que muchas veces no tenemos la devoción de acuerdo con la obligación.

AMOR

Refranero venís.

HASTÍO

No vengo sino de acuerdo con la marcha natural de la vida.

AMOR

En el tiempo que hace que estáis en la Corte (y por lo que yo sé habrá para tres días, que allá vos si más lleváis, que bien pudiera) ¿no habéis tenido ni lugar de venir a verme, ni ocasión de enviarme un criado avisándome de vuestra llegada y las causas que os pudieran obligar a demorar la visita?

HASTÍO

Pues, confieso mi falta: no di con ello.

AMOR

Eso es como lo que dicen de aquel herrero, que, machacando, machacando, se le olvidó el oficio. Yo bien sé lo que es esto, aunque mejor me estuviera no saberlo.

HASTÍO

Pues, si vos lo sabéis, ¿para qué queréis que yo os lo diga? Vos misma os dais la contestación.

AMOR

No son reticencias lo que yo espero de vos.

HASTÍO

Y ¿yo os las doy?

AMOR

Lo pretendéis, cuando menos, don Fadrique, aunque se me alcanza que no le está bien a una mujer de mis prendas y de mi orgullo el pretender sujetar al Amor, si este da en alejarse. Os he querido llamar para que, por vos mismo y con toda franqueza, sin paliativo alguno, me digáis por qué motivos hacéis esto.

HASTÍO

Acaso, distracción sin malicia; sino que las mujeres sois tan suspicaces que veis montañas donde solo hay granos de arena.

AMOR

Por tierras de la distracción se va a los campos del olvido.

HASTÍO

¡Pchs...!

AMOR

¿Qué?

HASTÍO

Que puede que, hasta cierto punto, tengáis razón. Mirad, Magdalena, yo quisiera (y sé que andando el tiempo tendrás que agradecérmelo, aunque ahora al pronto no) que fuésemos un poco razonables y vieseis que no está bien continuar por más tiempo en esta situación equívoca. A los ojos del mundo somos prometidos, a los de Dios, esposos, y engañando a aquel y ofendiendo a este, vamos sin sentir, como quien dice, labrando nuestra desventura, puesto que desperdiciamos deshonestamente la vida.

AMOR

Hablad claro, que no os entiendo; aunque bien se me alcanza que ni una sola palabra debí querer escuchar de vuestros fementidos labios, desde el punto y hora en que no tornasteis a mí con aquel buen amor que os apartasteis.

HASTÍO

Pues la razón que os pido es que conviene que nuestro amor se acabe.

AMOR

¿Y vos lo decís?

HASTÍO

Con la pretensión justa de que lo atendáis vos y miréis fríamente que es cosa que conviene a ambos.

AMOR

No sé, don Fadrique, cómo he tenido paciencia para escucharos sin escupiros en la cara, por infame y por rufián. ¿De modo, señor mío, que yo no he sido para vos ni más ni menos que una daifa, vertedero de lujuria y enjugador de concupiscencias a quien, después de satisfechas las ansias, se arroja de sí con asco? ¿De modo, señor jaque alcurniado, que mi honra valió de remiendo a un jirón de la casa de Alba?

HASTÍO

No es esto.

AMOR

Pues lo parece.

HASTÍO

Atended, con frialdad.

AMOR

Como solo hielo hay en tu corazón, no es mucho que recomiendes frialdad. Lo que diera a la hora de esto por tener un hermano.

HASTÍO

¿Para qué?

AMOR

Para que te cruzara el rostro y paseara el escudo de tu casa, atado a la cola de su caballo, por todos los muladares de Castilla.

HASTÍO

¡Doña Magdalena!

AMOR

¡Rufián! Salid de aquí, pero no olvidéis cómo me habéis robado la honra, y con creces tenéis que pagármela. Antes que la casa de Alba, vino al mundo la de Guzmán.

Y luego, yendo desenfrenadamente hacia la puerta, como una loca, encendido el rostro, los ojos casi fuera de las órbitas, gritó:

—¡Margarita, Margarita!

Entró la azafata al instante, como si hubiese estado escuchando detrás de la puerta, y la agraviada ricahembra le mandó, señalando a su despectivo galán:

—Acompaña al marqués.

El *Hastío* cruzó la estancia y salvó la puerta, y como aquella era la última escena de su martelo, antes que confuso y colérico iba triunfante y risueño como quien ha conseguido el logro de una anhelada ilusión.

CAPÍTULO VII

DONDE AMOR, POR SER AMOR INTENTA, PERDIENDO SU DERECHO ATRAER AL HASTÍO

Gran impresión causó en el ánimo de la hermosa doña Magdalena aquel paso de tragicomedia habida una noche en su mismo aposento, y, según el verdadero y fiel testimonio de su doncella Margarita, salir el cruel galán de su aposento y caer la dama en el más terrible paroxismo que no se entendió otra cosa sino que con él finaran sus espléndidos días y turbulentas noches fue todo uno.

Más de una semana hubo de llevarse sin asistir a la cámara regia, con la cual ausencia no se hallaba la reina doña Ana, pues que era doña Magdalena la dama a quien más quería.

Dicen que en sus delirios y en el desbordamiento de sus lágrimas no se oía más que un solo nombre: Fadrique.

Margarita, viéndola tan triste y demacrada, que en menos de tres días se quedó que no era su sombra, la consolaba con darle noticias de su dulce enemigo y hacerle creer que el caballero sin duda que estaba pesaroso de su acción y que no esperaba sino un resquicio para pedirle clemencia de lo pasado.

Y la infeliz enamorada, como todo el que bien ama, creyó que no faltaba sino que ella se mostrara un tanto blanda para tornar a lo de antes, y así en aquel mismo punto y hora mandó a Margarita que le diese recado de escribir, y aderezó una amorosa carta en esta guisa:

«Don Fadrique de mi corazón: El no estar en mí por estar sin ti, y saber que acaso andas tú lo mismo, pues de finos amantes es el reñir fuerte para luego hacer más estrechas las paces, que esto de las pendencias es la salsa de los que se quieren bien, me obliga a escribirte estas líneas en las que te brindo la paz que a ambos ha de estarnos tan de perlas. Ya ves, yo soy la víctima, la que debía de tener más cruda la ofensa, y soy quien antes quiere olvidarla. En absoluto desconozco los motivos que puedan asistirte para haber sufrido este cambio, y casi me concreto a ignorarlos siempre (que a mí me parecerá que nunca entre nosotros hubo aquel cruel momento), a condición de que tornes al amor de tu *Magdalena,* que no puede vivir sin ti...».

*

No transcurrió mucho espacio entre el momento en que la claudicadora epístola fuera escrita, y aquel en que, merced a la oficiosidad y buen celo de la doncella Margarita, diera en las manos de don Fadrique.

Tomó este el papel, pero contra lo que esperaba y mandado tenía la moza por su ama, no recibió respuesta alguna, sino que dijo el de Alba que ya él contestaría lo preciso cuando hubiere lugar, que entonces no le había...

Y más de otra semana se pasó sin que don Fadrique respondiera cosa alguna, con lo que las esperanzas de la repudiada, respecto al arreglo de su martelo, fueron

despareciendo como el humo, no dejando más rastro que el buen recuerdo de los días que fueron felices.

Por otra parte, la negra honrilla le aconsejaba que tanto por su honor, como por el injusto desprecio, no debía consentir aquel desaire, sino procurar enérgicamente la satisfacción debida ante el mismo trono si menester fuera.

Una tarde que doña Magdalena salía de la cámara de la Reina, se topó de manos a boca con el galán despreciativo. Pasaba este adelante, mas ella le llamó y ya él no tuvo otro medio que acudir.

—Me he rebajado ante vos —le dijo entera la dama—, como le está bien rebajarse a toda mujer que en hombre ha confiado su honra; no he dudado por un solo instante, siendo yo la ofendida, de acudir a vos humillada a deciros, señor, ya que aquello y sobre palabra de matrimonio hicisteis conmigo, pagadlo como hicierais juramento, para que yo quede con la honra que perdí, y luego, si queréis, arrinconadme en un desván de vuestra casa, que al menos allí estaré con honra, no como ahora sin ella fuera de él; ello lo habéis tomado a mofa, sea como queráis, pero tened entendido que en lo que de mí dependa (y no será poco) o me hacéis justicia o habréis de purgar mi desgracia, como un crimen.

CAPÍTULO VIII

DONDE LA OFENDIDA DAMA ACUDE EN QUEJA Y QUERELLA AL MISMO SEÑOR DE DOS MUNDOS

El esquivo galán partió muy satisfecho del final de aquella escena, porque entendía que ella tenía que ser necesariamente el rompimiento definitivo de su martelo, pues que habiendo quedado en tanto desprecio y rebajamiento el orgullo de doña Magdalena, aunque no fuera más que por mantener la dignidad, no habría de andar buscando más el amor perdido.

Pero no de la misma manera pensaba la infeliz dama, que por esa misma dignidad en que el olvidadizo entendía su sosiego se empeñó en buscar venganza, y que ella viniese de tan alto, que no hubiese humano medio de darla de lado.

No se piense que en toda aquella noche durmiera, ni aun confiara a las blancas sábanas el regalo de su espléndida y rosada humanidad.

Cuando los primeros rayos del sol despertaron a la gentil doncella Margarita, y esta se trasladó al aposento de su ama, para despertarla y vestirla, se halló mal de su agrado (porque más como a madre que como a señora la quería) con que no había necesidad de tomarse este trabajo, porque, no habiéndose desnudado en toda la noche, no lo necesitaba.

—¿Qué es esto? —preguntó solícita—. ¿No os habéis acostado?

—No —respondió la dama—, que me entretuve en arreglar ciertos papeles que he de entregarle a don Fadrique; cuando quise recordar ya era día claro por todo el mundo.

—Ay, señora, y perdóneme Vuecelencia este consejo por el mucho amar que le tengo —replicó Margarita—, que mire para sí únicamente y no cure más de ese hombre, que es de la pasta de todos y solo procurará el sarcasmo y descrédito de Vuecelencia.

—Déjate tú de este pleito, que solamente yo sé lo que más me conviene, y pregunta si ya está despierto Su Majestad.

—Hace rato, pues ya sabe Vuecelencia que antes madruga don Felipe que el Sol.

—Pues arréglame un poco, que no se me advierta la mala noche pasada en vela, y dame luego el manto que tengo de ver a Su Majestad.

—¿Al Rey?

—Al Rey, sí.

—¿Mas a tal hora? ¿No sabe Vuecelencia que es a este tiempo cuando él trabaja solo con su secretario en los negocios de Estado y no gusta de que le interrumpan?

—A pesar de todo esto, Felipe II tiene siempre un cuarto de hora para recibir a doña Magdalena de Guzmán, prevén lo que te he dicho, no hagas más réplicas.

Calló la oficiosa y consejera azafata, que ya sabía ella muy bien que cuando su ama hablaba de aquella manera no tenía sino que callar y obedecer, porque cuanto amable y buena era de continuo, se tornaba altiva y dominante en los pocos momentos que tenía de mal humor.

Se sentó doña Magdalena ante el tocador, y las manos finas y expertas de su doncella echaron al aire la complicada fábrica del peinado, que al caer sobre los nevados hombros de la señora no parecía sino sol en hebras que se esparcían por las ampulosas lomas de una nevada sierra...

Recargó luego en el indumento si más cabía los tonos negros, que eran como el color de etiqueta en aquella corte austera, y salió de su aposento camino del estudio de Su Majestad.

*

Las siete acababan de sonar en el reloj del Alcázar.

Más de una hora hacía que el monarca trabajaba.

Pocas veces las luces del alba sorprendieron en el lecho al hijo de Carlos V.

Y no había (como es harto sabido) gran necesidad de secretarios, puesto que él mismo de su puño y letra daba órdenes, despachaba pragmáticas, y al margen de las causas y procesos ponía las sentencias.

Un gentilhombre le avisó la presencia de doña Magdalena.

—¿Qué podrá querer esa mujer a esta hora? —dijo el monarca—. Hacedla pasar.

Y un instante después estaba doña Magdalena frente al Rey.

—Señor —murmuró la penitente de amor, acudiendo a besarle la mano.

—¿Qué es ello, doña Magdalena, para que estéis tan madrugadora? —preguntó paternalmente el soberano—. Esperad un instante, que firme esta orden al Duque de Alba.

Al oír doña Magdalena el nombre del padre de quien a quejarse venía, sintió como una sensación de frío que la corrió por todo el cuerpo, haciéndole estremecer nerviosamente. La mandó luego el monarca tomar asiento junto a él y así de como hubo puesto aquella firma, señor y vasalla hablaron de esta manera:

—Vengo a buscar amparo de Vuestra Majestad, como padre y como Rey.

—Hablad, hija mía, que ya sabéis con cuanto interés atiendo los dolores de mis hijos, que de este modo me parece que son para mí todos los españoles. Sabéis en cuánta predilección os tengo, por lo bien que os quiere doña Ana.

—Señor, hubo un hombre a quien por ley humana entregué mi corazón, y por credulidad en sus promesas, mi honra. Él, que es de muy ilustre casa, me había jurado palabra de matrimonio. Pasó el tiempo, y un día, sin que yo aún le hubiera exigido el cumplimiento de aquella promesa en que engarzados iban mi honor y buen nombre, me repudia, acogiéndose al amor de cierta pariente suya con quien tiene verdadero compromiso de casarse.

—Doña Magdalena, en lo que mi autoridad valga, no será así, y en esta vez, antes que por vos, será por la buena y honrada memoria de vuestro padre, y por el limpio decoro que quiero en mi servidumbre.

—Señor, ¿cómo agradecer a V. M. de otra manera que besando humildemente la tierra que pisa?

—Pero os quiero advertir antes que habéis andado algo liviana, y que no debéis de haber tenido en mucho el honor que venís a reclamar de mí, cuando solamente sobre palabras lo disteis. No fuerais quien sois y yo quien soy, sino que fuéramos ambos padre e hija, y bien pudiera ser que a esta hora fuese vuestra liviandad podredumbre de la Tierra.

Doña Magdalena, lívida y temblorosa, escuchaba las enérgicas palabras del augusto

señor, y acaso allá en su conciencia se arrepentía muy de veras de haber reclamado su amparo.

Pasó un largo espacio que a la afligida enamorada debieron antojársele siglos, antes de que en la estancia volviera a vibrar grave y sonora la voz del Rey.

Durante esta pausa había tornado a revolver en las gavetas de los cartapacios que había sobre la mesa, notas y apuntes.

Al fin habló:

—Es preciso que os caséis con don Fadrique.

—Esa justicia, señor, es la única que vengo a pedir a Vuestra Majestad, del hombre que en tan poco ha tenido mi honor —replicó la dama.

A lo que arguyó el monarca.

—Se os hará, dejadlo de mi cargo, y perdonad si antes, llevado más de un celo paternal, porque os quiero bien y de sobra conozco el limpio linaje de vuestra casa, se me fuera un poco la mano en reprenderos.

—Señor, Vuestra Majestad no tiene sino que mandar y disponer de mí como de una esclava, que vuestros enojos serán para mí dulzuras, y vuestros consejos tan sagrados y queridos como si del cielo me llegaran —respondió sollozando de gratitud doña Magdalena.

—Bien, y ahora, perdonadme que os diga, si más cosas no tenéis que comunicarme (aunque el lugar de muchas y para muchos días ocupa lo que me habéis dicho), que me dejéis solo, que hoy se presenta el día de mucha labor, que esa Flandes y esa Italia no quieren que yo tenga una hora de sosiego.

Tendió 1a marfileña y descarnada diestra hada doña Magdalena, y los carnosos y gordezuelos labios de la admirable burlada se apresuraron a estampar en ella el ósculo de respeto y sumisión.

Un instante después había salido de la Cámara real.

CAPÍTULO IX

EN DONDE SE VE CÓMO FELIPE II VA TENDIENDO SUS REDES DE CASAMENTERO

Toda aquella mañana la pasó mucho más tranquila doña Magdalena, que aún le parecía que su desgracia no era tan grande, solamente mirando las buenas manos en que había puesto su querella.

Acudió a la cámara de la Reina, y con ella hubo segunda parte de la escena habida con el Rey.

No tan severamente fue amonestada por doña Ana, pero también reprendida un tanto, aunque haciéndose algo más cuenta por ser mujer la excesiva credulidad que doña Magdalena hubo de tener en las falsas promesas y torpes juramentos de don Fadrique.

Supo lo que había determinado el monarca, y dijo como ello era lo más prudente y acertado, y que ella muy por su parte habría de poner grande y enconado empeño en llevarlo a cabo, y en lo que de su voluntad dependiera (y esperaba que de la parte de su esposo fuere lo mismo) habría de ser de allí a muy poco tiempo.

Doña Magdalena, mirándose con tales apoyadores, lo daba por tan seguro como encontrarse ya en el altar con el esposo al lado y el yugo sobre los hombros, y así tan alegre y decidora estaba, como si no hubiese tenido hora desagradable en todos los hermosos días de su vida.

Se retiró a su aposento poco después del mediodía, y, al entrar la doncella Margarita, le entregó un pliego que cerrado iba con el real sello.

Lo abrió con mucha presteza y halló que era letra del Rey.

Decía así:

doña Magdalena de Guzmán:

«Es mi voluntad, y para el mayor servicio de vuestro honor, que os vais depositada al monasterio de Santa Fe en Toledo, y que la partida sea hecha esta misma tarde, dos horas después de haber recibido este pliego. El Duque de Feria os acompañará en la jornada.

En el dicho monasterio esperaréis hasta que yo lo disponga lo que resulte de vuestro pleito, que siempre será lo que más convenga para lo que a vos os está bien, y para las honestas costumbres que yo quiero mantener en mi casa.

Yo el Rey.»

Casi al mismo tiempo recibía otro pliego el de Alba, que a la letra decía de esta manera:

«Duque:

Es mi voluntad que vuestro hijo don Fadrique cumpla a doña Magdalena de Guzmán, dama de la servidumbre de la Reina, la palabra de matrimonio que le tiene dada, y que, si otro compromiso tiene hecho luego de esto, como parece, desde ahora lo dé por nulo.

Venid a las cuatro a decirme qué haya de esto.

Yo el Rey.»

*

A media tarde salía del Alcázar un coche de camino en el que iban doña Magdalena, su doncella Margarita, y el duque de Feria, gentilhombre de Su Majestad.

La pesada máquina, tirada por cuatro poderosas mulas, echó por la vega, y, cruzando la Puerta Segoviana, se fue a la de Toledo y tomó carretera arriba hacia la imperial ciudad.

El viejo duque de Alba entraba al mismo tiempo en el Alcázar, y pocos momentos después era recibido secretamente por Su Majestad.

CAPÍTULO X

EN EL QUE SE CONTINÚA VIENDO AL REY DON FELIPE, CASAMENTERO Y FORMULISTA

No hizo mucha antesala el señor don Fernando de Toledo, que tan pronto como el Soberano tuvo conocimiento de su llegada, le hizo pasar a su presencia.

—Duque —le dijo apenas le tuvo delante—. Me pesa haberos llamado en esta ocasión, porque no es para otra cosa que obligaros a tener la autoridad necesaria dentro de vuestra misma casa, que así le está bien a la moralidad y decencia que quiero que haya dentro de la mía. Se trata de que, si vuestro hijo don Fadrique tiene dada palabra de matrimonio a alguna dama, luego se la hagáis retirar, para que la retorne a quien hubo de darla primeramente, que es a doña Magdalena de Guzmán, dama de la Reina.

—Señor —respondió el caudillo—, nada sabía yo de esto, y ahora que lo sé me pesa, tanto por ser ello caso que os ofende, como por tener yo determinado el que don Fadrique se casara con mi sobrina María, boda que era muy conveniente a la casa de Alba, y en la que hace mucho tiempo que veníamos pensando.

—Pues es fuerza que desde ahora mismo vayáis desechando ese pensamiento, porque se ha cruzado de por medio la dama cuyo nombre os dije y a la que es preciso satisfacer —replicó el Rey.

—Y ¿no habría medio, Majestad, de anular esa palabra, y esta merced sería la única que me atrevería a suplicar en toda mi vida, como pago de mis lealtísimos servicios? —dijo el duque.

A que respondió el Rey:

—No lo hay, porque sobre el cumplimiento de esa palabra descansan el honor y el buen nombre de una mujer, y esto ya sabéis que es cosa que yo tengo siempre decidido empeño en hacer respetar. Y ved si estaré enérgicamente decidido a llevarlo adelante con todo rigor, que he mandado levantar proceso por medio de una Junta de la que es presidente el del Consejo de Castilla, don Antonio de Pazos y Figueras, Obispo de Ávila, y miembros de ella Fray Diego de Chaves y Mateo Vázquez. De modo que espero de vos que pongáis toda vuestra autoridad en aconsejar bien a vuestro hijo que cumpla lo que prometiera, sino es ya que él y vos queréis que esta causa tenga un desagradable final.

—Señor.

—¿Me lo prometéis?

—Yo me atrevo a rogaros que depongáis un poco vuestra justa decisión; acaso estos amores, aunque más allá hayan ido de las fronteras de la honestidad, no fueran antes de comenzados, por lo que toca a la dama, todo lo puros que es de desear en una mujer que se destina a esposa.

—Por lo menos, la fama de ella honesta era, y a esto no más tengo que mirar. Duque: bajo palabra de honor debéis de prometerme que no continuaréis las negociaciones del matrimonio de don Fadrique con vuestra sobrina.

Tal entereza puso el monarca en estas palabras y tal gesto en el rostro al decirlas, que el rudo y glorioso soldado no pudo contener el peso de la real mirada, y bajando la vista humildemente dijo:

—Lo prometo, señor.

—Bien sé que lo cumpliréis —comentó el Rey.

Y, variando de conversación y de tono, prosiguió:

—Los negocios de Flandes van cada día más desordenados y levantiscos, y para que por aquella parte no se resienta mi poderío, se necesita un brazo tan fuerte como el vuestro. Estad prevenido, pues brevemente tendréis que partiros para allí. Y mirad, duque, que habéis de ser inexorable. Pero, en fin, ya hablaremos de esto más adelante, quizás mañana; por hoy tened presente no más que el caso por el que os he llamado, vuestro mayorazgo don Fadrique de Toledo no habrá de casarse sino con doña Magdalena de Guzmán, cuya honra tiene en rehenes.

Se levantó del amplio sitial que ocupaba el amo y señor de medio mundo, y con ello dio la audiencia por terminada.

Dobló la rodilla el de Alba y le besó la mano, después de lo cual salió.

Por antesalas y corredores sonaban enérgicamente sus espuelas, como duras estrofas de un himno guerrero.

CAPÍTULO XI

EN EL QUE EL CONDE-DUQUE RENIEGA DE ESTAR TAN ALTO, Y ENVIDIA A TODO LO HUMILDE Y PEQUEÑO

Ni los saludos de los guardas, que con los regatones de las picas reciamente golpeadas contra el pavimento marcaban la presencia del Duque, eran bastantes para distraerle de los amargos pensamientos con que llevaba la mente henchida

Era su andar ligero e indeciso, pues que ni aun parecía tener segura conciencia de adonde los pies le encaminaban.

Sin darse cuenta, bajó escaleras, cruzó corredores y bajó escaleras, y tengo para mí que así siguiera por mucho tiempo si al llegar a las Losas no saliera a recibirle un paje y hasta la silla de manos le guiara.

Entró en ella don Fernando sin decir palabra, y el paje y los mozos, por miedo a que descargara el nublado que advertían que llevaba dentro, no le preguntaron dónde tenían que llevarle, y así de hecho se encaminaron hacia el ducal palacio.

Cruzaban las angostas calles de la cortesana villa a todo el andar que podían.

Las gentes y las casas pasaban ante el Conde-Duque sin tomar eco en su retina; tan lleno tenía el pensamiento y el corazón de las palabras del Rey y de la ocasión que las trajera a sus labios, que si la bóveda del cielo cayese a la tierra le habría cogido sin advertir el riesgo siquiera.

En la misma puerta de su casa le salió al paso un pobre lijado, que, alegando haber servido a sus órdenes en Flandes, le pidió una limosna. Un punto se le quedó mirando S. E., y por fin le arrojó una moneda de plata que el otro se apresuró a levantar del suelo con toda la presteza que le permitió la lijadura.

«Quién fuera él —exclamó, echando zaguán adentro—. Su desdicha le hace libre; ni

tiene conveniencias que guardar ni autoridades que sufrir, ni reyes a quien prestar esclava obediencia. Su patria es el mundo, y Dios su soberano; las cuentas que haya de rendirle allá serán en el cabo de esta vida».

El alegre vocerío de unos pajes que jugaban en una galería alta también le dio que envidiar.

Hubiese cambiado muy a gusto su prestigio, posición y poderío por la franca despreocupación de los muchachos.

Como una losa pesaba sobre el viejo y glorioso duque de Alba la férrea autoridad de Felipe II.

Así como llegó a su vivienda se encerró en su aposento, y en toda la tarde no salió de él.

Antes hubiese preferido sufrir el real enojo en un servicio de armas en que hubiese hurtado la vida al plomo enemigo, que no en aquella jornada casera.

Mucho tenía que violentarse el altivo viejo para no echarlo todo a doce y decirle hosca y despectivamente al señor de dos mundos: «Estos son negocios de familia; cure V. M. de atender a la suya y déjeme a mí el cuidado y conservación de la mía…».

CAPÍTULO XII

DE CÓMO ACONSEJA A SU HIJO EL VIEJO CAUDILLO LAS DETERMINACIONES CASERAS DE SU MAJESTAD

Ya era noche cerrada.

El sol se había puesto, con esa solemnidad que tiene por costumbre, en los gratos crepúsculos del otoño recordadores de los del estío.

Por la entreabierta ventana del aposento del duque entraba el amable vientecillo del anochecer, y como venía saturado por los frondosos árboles de la huerta y los bellos macizos del jardín, era gloria de los sentidos el aspirar su aroma.

La canturía de una fuente finaba de completar el grato conjunto, aunque antes parecía al señor don Fernando que eran las cristalinas gotas que caían en la taza de pórfido aquellas lágrimas de enojo y despecho que él no podía llorar por haberlas formado la

tiranía de un rey.

El toque de ánimas se oyó en el esquiloncillo de un monasterio vecino.

Como si fuese llamado a su sonido estridente y nada agradable, apareció en la puerta de la estancia un viejo criado que en la diestra portaba un descomunal velón de estos de cuatro mecheros, que son la honra industrial de la noble villa de Lucena.

—Son las nueve, señor —dijo—, ¿quiere que le sirva aquí la cena?

Tuvo que repetir de nuevo las palabras, pues ni el eco de las primeras ni el vivo resplandor de las luces fueron quienes para sacar a S. E. de la honda meditación que le embargaba.

Al fin, por toda respuesta preguntó si había llegado su hijo, y, como le dijo el fámulo que sí, mandó que luego pasase a la estancia y que nadie les interrumpiera mientras él no llamara.

Se retiró el servidor, y poco después entraba en el austero aposento el primogénito de la casa de Alba...

*

En la estancia no se escuchaba más que la voz grave y recia del duque, que iba esparciéndose por la estancia como versículos de salmodia.

Don Fadrique se limitaba a escuchar silenciosamente.

—El Rey —decía el viejo— está en todo de parte de la Guzmán, y no sé por qué extraño interés pone particularísimo empeño en que acabe en boda vuestro amancebamiento. Dice que para otro cualquier matrimonio no te da licencia, sino que antes pone toda su autoridad en amparar la pretensión de doña Magdalena. A mí me ha arrancado formal promesa de que os habréis de casar, y como sé lo que es, no he tenido otro remedio que violentar mi conciencia y prometérselo solemnemente; pero, a pesar de todo, mi voluntad es muy otra y es necesario darse maña para desobedecer este incomprensible capricho de Su Majestad. Influencias y prestigios no me faltan, gracias a Dios, y aunque dice haber trasladado el asunto como causa de Estado a un Consejo especial, creo que de él podemos salir adelante sin darle gusto al Rey.

Don Fadrique puede decirse que en los oídos tenía puesta el alma entera para no perder una sola palabra de cuantas hablaba su padre, y así ni aun la respiración suya osaba salir al encuentro de la voz del viejo general.

Este proseguía:

—Así es que lo primero que tú debes hacer en cuanto Dios amanezca es dejar la Corte y partir para nuestra casa de Alba, en donde estarás hasta que yo te lo ordene. Venga lo que viniere de la Guzmán, tú lo dejarás sin responder, aunque la salvación eterna dependiera de que tú la respondas. Tampoco por ahora has de dar paso alguno en favor

de la boda con tu prima, y ni aun a las mismas personas de la familia darás satisfacción de esto si tuvieran la curiosidad de venir a preguntarte. Yo te fío que, si ya el Rey no se hubiera adelantado a recluir a la Guzmán en un monasterio, yo la hubiese obligado a desparecer de Madrid, de modo tan secreto que ni aun el aire que la circunda se hubiese enterado. Pero cuando Su Majestad toma partido por un asunto, no pierde hilo de él, y ya me ahorró este cuidado. Ahora no salgas de esta habitación hasta rayar el día, y no te acuerdes de que hay Rey que esté sobre mí.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EN DONDE LA IMPACIENCIA Y LA BELLEZA DE DOÑA MAGDALENA SE VAN AGOSTANDO, POR LA PROVERBIAL LENTITUD QUE EN ESPAÑA SUFREN LOS EXPEDIENTES

Más de seis años llevaba doña Magdalena de Guzmán encerrada en la Santa Fe de Toledo, y en todo este espacio de tiempo desde que allí fuera recluida como en depósito por orden de Su Majestad, no había adelantado nada ni se había despachado providencia alguna en el voluminoso proceso de sus fallidos amores.

Empleada España entera y las atenciones del Rey en los negocios y desdichas de Flandes, no había, sin duda, tenido tiempo para tornar la vista a cosas de tan pequeña importancia nacional como esta; pero, sin embargo, dicen que las informaciones y los autos crecían cual espuma de jabón, aunque fuera para no solucionar nada, que dicen que aún faltaba mucho por averiguar y por escribir para dictar sentencia.

La Guzmán, impaciente, y como el preso que encerrado no ve nunca pronto el día de su libertad, no dejaba de escribir al monarca excitándole para que acelerara los desposorios con don Fadrique de Toledo.

Tornó por entonces de Flandes el duque de Alba con su hijo, a quien allá en la tierra brabantina tuvo por flor de caudillo, que dicen que lo hizo tan bien y arrojadamente, que el enojo que con él tuviera Su Majestad había cedido algunos puntos, aunque no del todo, porque Felipe II no acababa de perdonar nunca.

Las cartas de la dama quedaban todas sin respuesta, aunque las había tan lastimosas y tiernas que a otro que no fuera aquel Rey impenetrable y disimulado le hubiera movido a dar algún consuelo o esperanza...

Y entre cartas y silencios pasaron seis años más, que para doña Magdalena debieron de ser seis inmortales siglos...

Ya un día parece que la Reina, que como se sabe quería muy bien a la dama, se interesó por que el Rey se determinara a llevar la causa adelante y tornó a insistir al marqués de Coria; pero este, en un momento de mal aconsejado orgullo, respondió al monarca que nunca la casa de Alba había admitido por esposas las que primero tuvo por mancebas, que fue aquella misma altiva respuesta que dio a su padre cuando por primera vez le hablara de los pensamientos del soberano. Se enojó este sobremanera y puso preso al insolente en el castillo de Tordesillas, y aun fue mucho que no llevara más allá su encono, que acaso le contuvieron los grandes servicios que al duque debía.

Mientras, la Junta creada para entender en este negocio consultaba sus acuerdos con don Felipe casi diariamente, a los que según tenía por peculiar costumbre respondía por escrito y de su puño y letra.

Pero el tiempo se perdía, y entiendo que los reclusos casi estaban por ceder de su parte; doña Magdalena, a renunciar al matrimonio y don Fadrique a consentir en él. Aunque de esta flaqueza de espíritu nada dice la Historia. No son más que divagaciones del que esto glosa, que él ni por carácter ni por quedarse soltero tuviera fuerzas para sufrir el encierro de un día.

CAPÍTULO II

EN QUE LA ARROGANCIA DEL DUQUE DE ALBA INQUIETA LA GRAVEDAD DE UN PRESIDENTE DE CASTILLA

Se hallaba cierta mañana en su despacho el presidente de esta causa, don Antonio Pazos y Figueras, cuando sin pedir licencia siquiera entró allá impetuosamente el dominador de Flandes.

La gran ascendencia que disfrutaba en la Corte por haber sido en aquellas levantiscas tierras, tanto como el Rey y aun más que el Rey, pues a muchas de las órdenes de él no les dio cumplimiento, le tenía muy engreído y a la mayoría de la gente trataba como si fuesen vasallos, con llaneza y sin respeto.

Digo, pues, que entró en la estancia donde estaba el prelado, y, sin apenas saludarle (que tales cortesías no son usos entre tiranos), le dijo:

—Me duele, señor don Antonio, el que malgastéis el tiempo con tan poco fruto en el pleito que seguís contra mi hijo.

—Pues ¿cómo así —le preguntó el presidente— os atrevéis a discutir las determinaciones de Su Majestad?

—Porque nada ha de lograrse, y todo no será otra cosa que perder tiempo y gastar papel —replicó despectivamente el viejo guerrero—. Poco puede alcanzarse ya, porque mi hijo ha celebrado sus bodas con mi sobrina, doña María de Toledo.

—Y ¿con qué consentimiento? —preguntó dignamente Su Ilustrísima.

—Con una cédula real —respondió el de Alba— por la cual se le alza el pleito homenaje que tenía hecho de no casar sino con licencia expresa de Su Majestad.

—Si eso es así, duque, nada tengo que deciros por ahora, hasta tanto que yo consulte con el monarca —replicó confuso el presidente—; pero es muy extraña, y solo porque lo decís vos me determino a creerlo.

Poco más hablaron y fue ya más amigablemente, saliendo después el duque satisfecho y altivo

como si hubiera alcanzado algún adelanto en sus pretensiones.

*

Ya solo don Antonio de Pazos, se metió en un mar de confusiones, considerando que muy bien pudiera ser cierto cuanto el general le había dicho, que era muy numerosa y secreta la correspondencia cruzada entre él y el Rey durante la campaña de Flandes, y bien pudiera ser que tal real cédula hubiera sido otorgada en consideración a alguna de las numerosas victorias alcanzadas.

Sin embargo de esto, se acordaba de que el Rey hacía que continuasen con actividad las diligencias en favor de doña Magdalena de Guzmán, aunque encomendando mucho que no se trasluciesen las decisiones de la Junta.

Cuando fue consultado don Felipe acerca de las declaraciones de su lugarteniente en los Países Bajos, no respondió con claridad.

Siguiendo su costumbre solapada y confusa, solo tuvo medias palabras, y dijo que en tiempo oportuno declararía lo que en ello hubiera de cierto o no, pero que por el entonces continuara su curso el proceso.

—Vos, presidente —le dijo—, no creáis ni entendáis en otras cosas que aquellas, y en aquellas que yo os ordene.

Con lo que el buen obispo cesó en sus pretensiones, e hizo promesa de limitarse maquinalmente (siempre que el hijo del César anduviese de por medio) a las funciones de su cargo.

CAPÍTULO III

EN EL QUE DON FADRIQUE DE TOLEDO DA UN MAL PASO Y CONSECUENCIAS QUE TUVO PARA EL DUQUE SU PADRE

Secretamente no cesaban las averiguaciones de si ciertamente estaba casado o no el marqués de Coria con su prima doña María.

El Rey, sin decir francamente si había dado tal cédula, dejaba que la Junta hiciese su oficio.

En tanto, se desesperaba y se marchitaba en su reclusión la ofendida doña Magdalena de Guzmán.

Don Fadrique, a lo que se verá, estimaba que aquello no era más que un juego, un paso de comedia que el Rey se permitía para descansar un tanto la imaginación, empleado de continuo en los graves negocios del reino, y no daba gran importancia a su prisión, y aconteció que un día se escapó de ella y vino a buscar asilo en la casa de su padre.

No tardó en saberse la mala nueva en Palacio, y aun se asegura que había venido a velarse, siendo testigo de esta ceremonia el mismo duque de Alba.

La noticia de que estaba en Madrid escapado de la prisión de Tordesillas don Fadrique de Toledo produjo grave enojo en el autoritario ánimo del Rey, que veía burlada su soberanía, y desde luego pensó en descargar sobre el rebelde todo el peso de la ley.

Aquella misma noche del 10 de enero del año de gracia de 1579, el secretario de Estado, don Martín Gaztelu, se personó en casa del duque de Alba.

Los manteles estaban puestos, y se disponía el prócer y los suyos a sentarse a la mesa.

Así como el enviado del Rey se vio con Su Excelencia, le intimidó para que en término de cuatro días saliese de Madrid desterrado a la villa de Uceda, de la que no habría de salir *«sin su licencia y mandando, so pena de su merced y otras penas, a S. M. bien vistas y tenga por carcelería la dicha villa, como es las casas, sin salir fuera de la población de ellas, y que en estos días que se le dan de término para ir a la dicha villa no salga de su casa ni vaya a otra parte sino adonde se le manda».*

El duque, que de suyo era altanero y levantisco, trató al pronto de eludir el mandato real, pretextando hallarse enfermo de gota, mas el secretario tuvo que decirle amistosamente:

—Obedezca vuesamerced y le irá mejor de lo que se piensa y todo será allanar dificultades, pues ya sabéis que nuestro monarca no es hombre que sufre réplicas. En cuanto a vuestro hijo —prosiguió dirigiéndose al marqués de Coria—, algo más dura es la decisión que me manda tomar Su Majestad. Desde este momento queda detenido, y al amanecer saldrá en un coche de camino para el castillo de la Mota, en Medina del Campo, donde antes estuvo, en el cual quedará incomunicado y con mayores seguridades que la otra vez. Y, asimismo, dispone también Su Majestad que se constituyan en prisión cuantos

en esta casa tuvieron conocimiento de la llegada de don Fadrique a Madrid, y más que todos, vuestros íntimos don Esteban Ibarra y don Francisco Albornoz.

—Decid a Su Majestad —respondió altaneramente el azotador de los Países Bajos— que con tanta pleitesía acojo su mandato, que no ya consiento en los cuatro días que me da de término para partirme de la Corte, sino que esta misma noche, y al tiempo que mi hijo, saldremos la duquesa y yo para la villa de Uceda. Un Dios hay en el cielo que nos juzgará a todos.

*

Apunto de amanecer pararon dos coches en la puerta de la casa de Alba.

Les servía de escolta a cada cual un piquete de soldados de la lancilla.

Salió primero el que partía hacia Medina del Campo con el desamoriado y testarudo don Fadrique.

En la misma puerta se despidió de sus padres, con tanta ternura como si hubiera de ser aquella vez la postrera que los abrazaba.

Apenas la pesada máquina había desparecido a lo largo de la calle, que ya solamente el estrépito de sus herrajes se advertía, partió el otro con los ancianos duques.

Triste y desconsolador trance era aquel para el terrible caudillo.

Allá en sus recuerdos repasaba tiempos anteriores, y se acordaba de aquellos en los que en la tierra flamenca era tanto como el Rey.

Ante él habían caído las más fuertes cabezas de aquella república.

A una voz suya se tornaba la franca risa en copioso llanto, y las azules aguas de los apacibles lagos se teñían de sangre.

Como a igual le trataban todos los monarcas de la cristiandad, y el Papa le enviaba benditos, estoque y sombrero, como es costumbre hacer con los reyes.

Y ahora, por las banalidades de un mozo y las intrigas de una dama poco honesta, se veía desterrado y en desgracia de un poderoso, que le era deudor de las más valiosas joyas de su corona.

CAPÍTULO IV

DONDE SE VE CÓMO DOÑA MAGDALENA VA PERDIENDO SU PLEITO ASÍ COMO PERDIÓ SU HONRA

Como rosa de invierno que cada día deja un aroma y un matiz, iba doña Magdalena de Guzmán perdiendo su mocedad y sus esperanzas en la clausura del monasterio de Santa Fe.

Ya comenzaba a ver claro que nunca se casaría con el sacrificador de su honra, y ansiaba cuando menos recobrar la libertad perdida.

Y de esto hablaba hartas veces con su doncella Margarita, la cual la había seguido a aquella humildad desde los esplendores de la Corte.

Al caer la tarde solían reunirse ambas en algún rincón del jardín, y añorar sus cortesanos tiempos.

—Ya el Amor se marchó francamente de mí como se marchó el honor —decía doña Magdalena—; quisiera ahora que tornara la vida pasada, y me parece, Margarita, que tampoco hay trazas de ello; todo se olvida.

—Pedidlo al Rey —aconsejaba aquella.

—Ya lo hice, aunque no precisamente a Su Majestad, porque yo no sé qué pasa con mis cartas que parece que no llegan a sus manos —replicó dolidamente la infortunada.

—Pues ¿a quién lo hicisteis? —preguntó la doncella.

—Al obispo de Ávila, miembro de la Junta que entiende en mi pleito —tornó a responder la malquerida—; y parece que los señores eclesiásticos, por los hábitos que visten y la castidad que representan, se creen en el caso de ser rudos y descorteses con las mujeres que están en desgracia.

—Pues ¿qué os respondió?

—Después de decirme que era parecer de la Junta (y así lo había aconsejado al Rey) que mi querella estaba enteramente perdida ante Dios, porque don Fadrique se había casado en secreto con su prima doña María, y en tanto que dicha señora viviese, no era posible llevar mi pleito adelante; me aconsejaba que desistiese como del matrimonio con el mayorazgo de la casa de Alba, de tornar a vivir en Palacio, y que me estaría mejor abrazar la vida monástica, porque era inconveniente mi presencia en el Alcázar por haber en el cuarto de la Reina servidumbre de las dos familias, además de que *para dama ya estoy vieja y muy moza para dueña.* Figúrate, con tamaña insolencia dicha tan a mansalva, qué podré ya esperar de mi vida en la Corte; pero, cuando menos, ya que perdí lo más caro, que eran el amor y la juventud, no quiero perder la libertad.

—Esto me trae a la mente un cierto cuentecillo villanesco, que por distraer a

Vuesamerced en cuanto esté de mi parte, quiero referiros —dijo Margarita jovialmente, y como queriendo inculcar esta noble jovialidad en el afligido ánimo de su señora—: El cuento es un tanto viejo, y ya pienso que lo sabréis. Érase un pobre hombre, que a consecuencia de una úlcera había perdido un ojo. Se resignó, y durante algún tiempo vivió bien con el ojo sano; mas he aquí que en día, descansando en una posada, le dicen que es tuerto porque no quiere buscar remedio, que, si él va a cierta ermita que hay de allí a media legua, donde se venera una imagen muy milagrosa de no sé qué Santo, sanará. Que no tendría que hacer más sino frotarse la parte dolorida con aceite de la lámpara.

Se fue donde le decían, ¿que quién habrá que, estando enfermo, si le proponen un sistema de curación, no acuda luego con mucha fe a ponerle en práctica?

Se untó el ojo enfermo con el aceite sucio y maloliente de la lámpara que ardía ante la milagrosa efigie, mas, pareciéndole que si hacía lo mismo con el ojo sano sería tanto como asegurar la salud, se frotó también con gran saña y devoción.

Pero he aquí que apenas se había restregado dos veces, sintió tales dolores que le llevaban el alma. Quiso abrir los ojos, y ambos los encontró sin luz, y aquí fue su desconsuelo tanto como su martirio, y comenzó a gritar con los brazos en cruz:

«—Santo mío, no quiero ya la cura del ojo enfermo, sino la salud que el otro tenía».

Y esto veo que le pasa ahora a vuesamerced, que no quiere ya el amor que miraba perdido, sino la libertad que va a perder.

...Al fin, el Rey parece que cedió un tanto de sus pensamientos, y tuvo, respecto a doña Magdalena, la misma opinión que el inconsiderado obispo, y le negó el permiso para volver al mundo.

Y dicen que dijo:

—Sin honra, sin galán, sin hermosura y con años, ¿qué tiene esa mujer que hacer en el siglo?, pues que aquí no puede servir a los hombres, quédese allá y servirá a Dios.

EPÍLOGO

De tan triste y oscura manera finaron los ardientes y románticos amores de doña Magdalena de Guzmán, la dama de la Reina doña Ana y don Fadrique de Toledo, marqués de Coria y primogénito de la ilustre casa de Alba.

Sin duda que don Felipe debió de pensar un día que más altos eran sus menesteres que los de transformar martelos en matrimonios, y así vino a dejar de la mano a la

complaciente dama.

Pero como su carácter era la misma rectitud y la misma severidad asentados en un trono, no se piense que tan presto levantara la mano en el castigo impuesto al desobediente y voluntarioso don Fadrique.

Lo más que le consintió, y esto porque ya no había forma humana de evitarlo y por los buenos servicios que debía al duque su padre, fue autorizar el que doña María de Toledo fuese a vivir con su legítimo esposo a la villa de Alba o a la ciudad de Medina, pero sin consentir que salieran un punto más allá de las dichas tierras.

En cuanto al viejo general, fue menester también levantarle el castigo para que acudiese, con la entereza y energía que sabía hacerlo, a reducir a los levantiscos de Portugal, que alborotaban alrededor del vacío trono del místico y romántico Rey don Sebastián, desaparecido en los morunos campos de Alcazarquivir.

Como buen vasallo que era de Su Excelencia, y en todo esclavo de sus deberes militares, apenas recibió la orden de partida entendió que el monarca le levantaba la pena de destierro, y al dirigirse a Extremadura para después entrar en Portugal, quiso pasar por la Corte para mostrarle al Rey su gratitud.

Y hacia ella se dirigió.

Pero, al llegar a la Corte, salió a encontrarle un correo de Su Majestad, el cual le advirtió cómo estaba proscripto de los sitios reales, y que por ello le mandaba el soberano que continuase la jornada adonde iba sin entrar en Madrid.

—Bien está —respondió el duque—. El Rey me envía encadenado a conquistar reinos.

Poco después partía Su Excelencia a Badajoz, donde habría de preparar la invasión del reino lusitano.

Y ya con las victorias allí conseguidas, de que tan satisfecho quedó el monarca, puede decirse que se dio fin a este cuento histórico, que comenzó un ángel, que es el Amor, y finó un diablo, que es el hastío.

FIN